

## Cómo traducir a Unamuno en la lengua de Bergson

YVES ROULLIÈRE\*

Son muy conocidas en España las páginas de *Paz en la guerra* (1897) que Miguel de Unamuno dedica a los bombardeos carlistas de 1874 sobre Bilbao. Unamuno tenía seis o siete años, y fue la ocasión de su primera toma de conciencia política, que evocará de nuevo en el comienzo de la Guerra civil en sus notas espantosas tituladas *El resentimiento trágico de la vida*<sup>1</sup>. Antes de que la alarma finalizara, sus largas esperas en los sótanos fueron la oportunidad para descubrir su gran remedio a la angustia existencial: la confección de las pajaritas. Maestro en este arte, se consideró capacitado para otorgar premios para los demás aficionados a pasarse el tiempo haciendo plegaduras. Así, durante su exilio en París en 1925, año a la vez tan terrible y fecundo, esta pasión por las pajaritas no se acabó, ya que inició a cada francés ilustrado que se interesa en este arte tan sutil, cuya práctica desgraciadamente duró poco en los medios intelectuales franceses, incluso católicos (a no ser que lo hicieran a escondidas...). Sea como sea, la seriedad con la cual Unamuno practicaba este arte incitó al escritor Claude Aveline (animador entonces de la revista *Le Mercure de France*) a encargarle un texto en francés sobre el tema. Y he aquí la respuesta de Unamuno, escrita en francés, el 14 de junio de 1925:

Très bien, Monsieur, et je suis dès maintenant d'accord. Je crois que d'ici à la fin de cette année – *Deo volente*, c'est-à-dire si la fatalité ne s'en mêle pas –, je pourrai vous livrer le manuscrit et les dessins de mon *Traité de la sculpture en papier*, dont j'ai commencé déjà à rédiger le prologue. Et c'est, croyez-moi, une besogne un peu dure [que] de faire plier votre langue française si faite, si parfaite, et même

---

\* *Lessius Publishing House* (Belgium). – This text can be quoted as follows: Yves Roullière, "Cómo traducir a Unamuno en la lengua de Bergson". In: João J. Vila-Chã & Miguel García-Baró (Org.), *Philosophy and the Future of Human Formation in Europe • La Filosofía y el futuro de la formación humana en Europa*. Papers Presented at the Regional Congress of COMIUCAP for Europe Organized in Conjunction with the Universidad Pontificia Comillas (Madrid, 17-19 of December, 2014). – Este texto fue presentado en la mesa redonda sobre Miguel de Unamuno organizada con motivo de los 150 años de su nacimiento durante el mismo Congreso Europeo de la COMIUCAP. Un esbozo de este estudio se publicó en la revista *El invisible anillo* (Madrid, n° 1, mayo de 2006). El autor agradece a Alicia Villar por su revisión del texto en lengua castellana.

<sup>1</sup> *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas* (ed. C. Feal), Madrid, Alianza Tres, 1991, p. 53.

sisurfaite, sous les yeux et les doigts de ma fantaisie espagnole. La langue de Descartes n'est pas du papier. Mais je réussirai tout en conservant, cela va sans discuter, mon accent personnel.<sup>2</sup>

De hecho, no acertó Unamuno – al menos en francés, pues sabemos que, aprovechando en 1934 la reedición de su primera «nivola» *Amor y pedagogía* (1902), añadió al apéndice de ésta, *Apuntes para un tratado de cocotología*, otro apéndice corto que trata de explicar la aparición del sexo en las pajaritas<sup>3</sup>.

### Papiroflexia española versus razón francesa

La observación de Unamuno sobre Descartes y su ironía sobre la supuesta perfección de la lengua francesa no tiene que asombrarnos, pues Unamuno presenta a menudo el caso bastante sorprendente para nosotros franceses de una lengua « imperfecta »<sup>4</sup>. En efecto, la lengua francesa, por su lógica interna, está obsesionada con la perfección ordenada, que no es el caso de la lengua española, que en lo escrito autoriza varios pliegues y dobleces, debido a los límites muy tenués que tiene entre lo hablado y lo escrito. En suma, el combinar reflexión con papiroflexia es un modo de proceder genuinamente español. Combinación que se puede destacar en la flexibilidad de Ortega y Gasset, por ejemplo, pero mucho más en Unamuno, en el cual la mediación del lenguaje hablado está asumida en sus coloquios, diálogos y monodialogos que constituyen, con una variedad estupenda, una de las características mayores de su estilo, incluso en sus cuentos. Esto es perceptible a través de las múltiples ideas, humoradas, actitudes caprichosas, cambios de un nivel de lenguaje a otro de improviso, confesiones intempestivas, guiñadas y a veces insultos al lector. Esta ebullición recuerda el ambiente de las tertulias que Unamuno calificaba de “verdaderas universidades populares” cuyas agudezas había interiorizado en todos sus escritos.

Ante semejante estilo, que el francés cultivado medio llamaría “salvaje”, el traductor queda desprovisto y busca de inmediato a autores más o menos equivalentes en su propia lengua. En el caso de Unamuno, se puede pensar en unos de sus contemporáneos, autores anarquizantes y

<sup>2</sup> Fondo Aveline, Biblioteca municipal de Versailles. Traduzco: “Muy bien, Señor, estoy de acuerdo. Creo que desde ahora hasta fin de año – *Deo volente*, esto es: si la fatalidad no se interpone –, podré enviarle el manuscrito y los dibujos de mi *Tratado de la escultura de papel*, del cual ya he comenzado a redactar el prólogo. Créame que es una tarea un poco dura la de plegar vuestra lengua francesa tan valiosa, tan valorada, incluso tan supervalorada, con los ojos y los dedos de mi fantasía española. No es de papel la lengua de Descartes. Pero creo que acertaré si conservo, esto sin discutir, mi acento personal.”

<sup>3</sup> Cf. *Amor y pedagogía* (ed. B. Vauthier), Madrid, Biblioteca nueva, 2002, pp. 413-421. La sexualidad es un tema que valoró mucho Unamuno después de su última vuelta a España.

<sup>4</sup> Cf. Ricardo PASEYRO, *Poesía, poetas y antipoetas*, Madrid, Siruela, 2009, p. 44s.

algo coléricos, como Léon Bloy, Ernest Hello, André Suarès, etc.; pensemos también en Kierkegaard, Nietzsche o Chesterton, traducidos muy pronto en Francia como en España. Pero si estos autores pueden a veces desviarnos, transgredir ciertos límites del “bon goût”, están lejos de alcanzar la extraordinaria espontaneidad de un Unamuno que no tiene igual, a mi juicio, sino en la literatura medieval de la cual reivindicaba la herencia. Esta ausencia de equivalentes en francés no impidió que Unamuno fuera sido traducido pronto en nuestro país. Primero a través de artículos publicados por amigos como Maurice Legendre, geógrafo y uno de los primeros directores de la Casa Velázquez o Jacques Chevalier, filósofo, especialista en Pascal, amigo íntimo de Bergson y maestro de Emmanuel Mounier. Pero la primera gran traducción de una obra de Unamuno revela la dificultad del letrado francés frente a su verbo. Se trata del *Sentimiento trágico de la vida*, que se publicará en la NRF en 1917, o sea solamente seis años después de la edición original. Esta traducción es de un médico de Montpellier, Marcel Faure-Beaulieu, que, según la leyenda, la hizo en las trincheras. La tendencia de Faure-Beaulieu, de quien tenemos que saludar el valor, consiste en traducir el texto unamuniano limando casi sistemáticamente sus asperezas, eliminándolas del texto – y Dios sabe si son numerosas. Interpreto esta traición o semi-traición por la voluntad más o menos consciente de ser fiel a la mayor referencia filosófica de la época, o sea Henri Bergson, con su estilo sumamente fluido, sin ruptura, quieto, invariable, admirablemente pedagógico, luego anti-dialógico, anti-lúdico, o, en clave unamuniana, anti-cocótico y a la vez y sobre todo anti-agónico. Con Bergson, nos encontramos a todas luces en los confines de la personificación o mejor de la personalización de la filosofía como lo expresa Unamuno en su famosa conclusión del *Sentimiento trágico de la vida*:

Donde acaso hemos de ir a buscar el héroe de nuestro pensamiento no es a ningún filósofo que viviera en carne y hueso, sino a un ente de ficción y de acción, más real que los filósofos todos; es a don Quijote. Porque hay un quijotismo filosófico, sin duda, pero también una filosofía quijotesca. ¿Es acaso otra, en el fondo, la de los conquistadores, la de los contrarreformadores, la de Loyola y, sobre todo, ya en el orden del pensamiento abstracto, pero sentido, la de nuestros místicos? ¿Qué era la mística de San Juan de la Cruz sino una caballería andante del sentimiento a lo divino?

Y el de don Quijote no puede decirse que fuera en rigor idealismo; no peleaba por ideas. Era espiritualismo; peleaba por espíritus<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios* (ed. N. Orringer), Madrid, Tecnos, 2005, pp. 494-495.

## El peso del heroísmo y de la mística

La posición filosófica de base de Unamuno es entonces vitalista, pero, al contrario de Maurice Blondel por ejemplo, y de unos personalistas que intentaron una síntesis entre vitalismo y racionalismo aristotélico, Unamuno integra la posición de un Bergson en el sentido de un espiritualismo puro, esto es como un perfecto “irracionalismo”. Pregona a voz en grito el *credo quia absurdum* de Tertuliano, reivindica la apuesta pascaliana o está siempre listo para el salto kierkegaardiano. Sin embargo, de ninguna manera Unamuno niega los fundamentos de la fe: él solamente niega la legitimidad de las pruebas racionales o racionalistas que uno adosa a la fe (de ahí sus problemas con la Iglesia católica, que terminará por poner su obra en el Índice). Por eso Unamuno se fía ciegamente en la experiencia de los héroes y místicos españoles y cita los filósofos alemanes y franceses ilustrados sólo para burlarse de ellos, por ser sospechosos a sus ojos de no encarnar su pensamiento. Unamuno forma parte de los que nunca desconfían de su primer impulso ; hay más : forma parte de los que siguen siempre su primer impulso con constancia y tenacidad, perseverando en su ser, en su *conatus*, en su carácter – algo típicamente español que admiraba tanto Schopenhauer<sup>6</sup>.

Unamuno no confía sino en la sinrazón de su ser heroico-místico. Pues, del *conatus*, de la potencia del hombre a ser lo que es, Unamuno saca de entrada una conclusión central: somos héroes y místicos en potencia y acto. El hecho de que el hombre parta espontáneamente del fin, o más bien de los fines de su vida, prueba que es intrínsecamente heroico-místico, es decir que se mueve según la voluntad de Dios e imita a Cristo en los años de su vida pública y hasta en la cruz. Y al coincidir esta voluntad divina con el afán del hombre a ser eterno, Unamuno llega a justificar esta magnífica herejía: “Crear en Dios es, en cierto modo, crearle, aunque Él nos cree antes. Es Él mismo quien en nosotros se crea de continuo a sí mismo. Hemos creado a Dios para salvar al Universo de la nada, pues lo que no es conciencia y conciencia eterna, conciente de su eternidad y eternamente conciente, no es nada más que apariencia”<sup>7</sup>.

Aquí como en cualquier otra parte, el método de pensar de Unamuno se parece a la sinrazón de un acto de fe o de creación pura. Y en esa irracionalidad o, mejor quizás, a-racionalidad, hay que situar, según Unamuno, la esencia de la filosofía española. ¿Pero aún podemos hablar de filosofía? Ya que a la filosofía como “amor a la sabiduría”, Unamuno opone la irreductible locura de la cruz; y a la filosofía como sistema, el hombre en carne y hueso. Por eso Paul-Ludwig Landsberg, filósofo alemán discípulo

<sup>6</sup> Cf. *El mundo como voluntad y como representación*, libro IV, § 64.

<sup>7</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 301-302.

de Max Scheler, escribirá que Unamuno es y no es un filósofo<sup>8</sup>. En efecto, Unamuno subvierte todos los géneros: encontramos tanto de la filosofía en sus novelas y poemas como en sus textos propiamente filosóficos (y viceversa). Me inclinaría por definirlo como un «a-filósofo» tal como André Robinet, el gran especialista francés en Leibniz, definía a Charles Péguy<sup>9</sup>. Tal vez por eso Unamuno no interesará en Francia sino a los raros filósofos marcados durante las entreguerras por la mística y la teología, filósofos en su mayoría pascalianos y kierkegaardianos, a-cartesianos (Jean Wahl, Gabriel Marcel, Emmanuel Mounier y hasta el joven Jean-Paul Sartre)<sup>10</sup>.

### La fantasía que nos falta

Para tratar de explicar esta diferencia de valoración del heroísmo y de la mística entre la cultura francesa y la española, hay que notar lo siguiente: mientras los místicos del Siglo de Oro forman parte del paisaje intelectual español (fray Luis de León, Ignacio de Loyola, Luis de Granada, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, etc.), apenas si los filósofos franceses conocen a los místicos del Gran Siglo clásico francés (Francisco de Sales, Bérulle, Lallemant, Surin, María de la Encarnación, Madame Guyon, Fénelon, etc.). Es que, en España, nadie llevó la voz cantante de un Montaigne o de un Descartes para separar las aguas del Rubicón entre filosofía y épica o mística; pero ninguna obra en Francia llevó la voz unificadora heroica-mística de don Quijote. De hecho, Unamuno será traducido en Francia primero por escritores e historiadores interesados en la mística, y no por filósofos<sup>11</sup>. Y en este caso tuvo suerte, pues con Marcel Bataillon, Francis de Miomandre o Jean Cassou, fue la élite de los hispanistas franceses quienes se encargaron de promoverlo, y de manera admirable.

Otro ejemplo revelador: durante la segunda guerra mundial, Jean Babelon (conocido por sus obras de divulgación de la cultura española) se dedicó a traducir *la Vida de Don Quijote y Sancho*. Al contrario de Faure-Beaulieu que tenía tendencia a “subtraducir” la obra de Unamuno, frente a los mismos problemas o al mismo espanto, Babelon tenderá a «sobretraducirla». También propone una obra sin asperezas, pero hacién-

<sup>8</sup> Cf. “Reflexiones sobre Unamuno”, *Cruz y Raya*, octubre de 1935.

<sup>9</sup> Cf. *Métaphysique et politique selon Péguy. Péguy entre Jaurès, Bergson et l'Église. Les données immédiates de l'anarchie*, Seghers, Paris, 1968.

<sup>10</sup> Cf. Hélène POLITIS, *Kierkegaard en France au XX<sup>e</sup> siècle: archéologie d'une réception*, Éditions Kimé, Paris, 2005.

<sup>11</sup> Permanece este fenómeno con José Ortega y Gasset, Juan David García Bacca o María Zambrano que sólo están traducidos y comentados en Francia por especialistas de literatura o de estética (a excepción de Xavier Zubiri, traducido por el filósofo suizo Philibert Secretan, sin encontrar ningún eco hasta ahora en los medios filosóficos franceses).

dola demasiado lírica ¡hasta que Unamuno se parece casi a Paul Claudel! Huelga decir que lo más inquietante para un letrado francés es que Unamuno ni siquiera pretende ser un estilista: peor, él se burla totalmente de serlo. Hombre del Verbo, usa de todos los géneros literarios a su disposición sin hacerse ningún problema. Unamuno se siente inspirado pues no puede estar sino inspirado, bajo el ala del Espíritu, como en un sueño. Por cierto, el resultado no siempre está a la altura de lo que uno podría esperar de un escritor como Unamuno; pero lo más importante, es que lo que necesita expresar sea dicho con precisión, sin adornos, llanamente, como se expresaba el Quijote. De ahí el carácter inclasificable de su obra y la dificultad para plegar su fantasía a la lengua francesa -fantasía que, en clave española, hace falta tomar en serio, pues “fantasía”, como se sabe, puede ser también traducida por “imaginación”, “ficción”, “ensueño” y, en un sentido familiar, por “pretensión”. Y es esta fantasía, esta incomparable, polisémica fantasía española que va del *Mío Cid* a *La Celestina*, de Lulle a Gracián, de Santa Teresa al *Quijote*, de Lope de Vega a Calderón, del Greco a Goya, del toreo al flamenco, de Unamuno a Bergamín, de Machado a García Bacca, de María Zambrano a Miguel Espinosa, es esta genial fantasía la que nos interesa, la que nos conmociona a nosotros franceses – pues ella es la que nos ha faltado, nos falta y nos faltará para siempre.